

## NOTAS SOBRE LOS SERES Y LAS COSAS

### LA BELLEZA QUE NACE DE LA VIDA

Aferrada a un viejo tronco como una torpe garra, asida estrechamente a él con las lívidas viborillas de sus raíces, esta planta parásita, montón informe de hojas apretadas, extrae con innoble avidez el sustento que necesita para su existencia. Lucha no menos feroz por quieta y por callada.

Pero un día, de esa masa confusa y afanosa vemos surgir y extenderse, en flexible curva, un frágil, delicadísimo tallo, un fino y largo vástago de un verde apenas insinuado; y en su extremo, como un breve milagro, abrirse un minúsculo ramillete de florecitas amarillas, de pequeñísimas orquídeas, veteadas caprichosamente de violeta en los repliegues de sus pétalos.

Pensamos, al verlo, cómo pudo producirse tal milagro. Cómo de aquel tenebroso, denso afán de vivir, de aquella casi soez proximidad, se ha desprendido, casi hasta volar, esta sutil seda coloreada que el viento agita, manjar de mariposas que, desde lejos, se acercan, presurosas y fluctuantes, hasta ella. Cómo de aquellos jugos vitales hurtados en rabioso contacto, sustraídos de un viejo tronco que apenas si puede ya vivir su propia vida, ha podido desplegarse tan aérea y lujosa generosidad. Qué cerca la materia y su faena tenaz y nocturna, del puro don espiritual y de su diurno esplendor. Cómo materia y luz, apetito y amor, egoísmo y desprendimiento, se ligan y trasfunden en una misma aventura; y cómo se transfiguran, colaborando en una revelación armoniosa de las más delicadas potencias de la vida.

---

### EL HOMBRE VIAJA

Los hombres parecen acostumbrados a su inconsistencia, a su naturaleza de gelatina. Se acomodan así como almejas a lo largo

## Cuadernos de Mercedes

de las líneas telefónicas, de las tuberías subterráneas del agua y de los rezumideros, alrededor de los Bancos y de la publicidad; viven servilmente alineados, acalambrados por las convenciones, o reaccionando impuramente, intercambiando continuamente señales para asegurarse que todos siguen colaborando en la misma nada. Apenas si sienten en el traje, o en la insignia, o en la tarjeta de socio, o en el saludo del jefe, algo así como un peso que les hace creer que son algo importante, consistente. No tienen preguntas que contestarse y por eso redondean estadios, pulen carrocerías, destrozan sábados y domingos y dejan detrás de sí una estela de babosa entre sus primaveras desperdiciadas. No tienen otra conciencia que la que nace sin querer del juego de sus palabras desbocadas. Las palabras piensan por ellos, los clasifican, los separan, los reagrupan, los apasionan, los convierten en pianolas; frases enteras se les atragantan y todos caminan apalabrados detrás de no importa qué, en medio de temibles extraños, entre ojos de pescado y pase-usted-primero, en un mundo donde conviene cultivar la costumbre de que no pase nada.

No debe extrañar entonces que se crea en la aventura de un viaje en barco o en avión, o en negocios, o amoríos, o en cohetes a la luna; se cree así andar, cambiar de cielo y tierra, y no se advierte que se está inmóvil, entre un cielo y una tierra incambiados, un poco más grises, o menos, qué importa; se creen animados de un gran movimiento, pero el barco o el cohete, vayan adonde vayan, no los llevan a ningún lado, y el avión y el barco están inmóviles entre paisajes que se deslizan sin objeto por debajo o por encima.

Cuando esos aficionados a viajar están encerrados en su casa, o acostados, creen, en cambio, estar inmóviles, amarrados. Pero es entonces solamente cuando en realidad navegan y se deslizan como troncos de árboles que flotan, la cabeza adelante, o los pies adelante, todos juntos, sin parar un momento, dormidos en su propio sueño. Viven fuera de la vida, como polizontes, y de ese modo caen en la muerte como en una trampa.

---

### LA AVENTURA DEL ARBOL

Cada vez que miramos un árbol, nos asombra su certidumbre, el modo empecinado con que ratifica su esencia propia. Le vemos conceder a la brisa que pasa la movilidad de sus hojas, a la luz del día ese versátil espejo en que parece finalmente dispersarse. Las ramas ceden y vuelven a ceder, balanceándose blandamente, sometiéndose sin

## Washington Lockhart - NOTAS

resistencia a todas las imposiciones exteriores. Simula, por momentos, desaparecer en un aire de azar y volubilidad, de reflejos fugaces y de movimientos que no nacen de él. Parece desdeñar así toda aventura, toda empresa perdurable, complacerse en una mortal pasividad. Pero pronto advertimos nuestro engaño. Porque detrás de esa aparente entrega, en efecto, descubrimos, así en la firmeza de su tronco como en su poderoso arraigamiento, el inquebrantable rigor con que se ratifica. Nada de lo que le ocurre desmiente la peculiar persistencia de su forma, su inquebrantable designio de durar. Con una resolución que habrá de concretarse, llegado el día, y ya cuando hasta sus últimas flores hayan dejado caer sus últimos pétalos, en la evidente, rotunda gravedad del fruto.

---

### EL SER EN EL TIEMPO

Quién no ha sentido al tiempo rozarlo como un aire que tiembla en nuestra piel, en nuestras vísceras y en nuestros pensamientos, viento de suave andar y delicada persistencia, al que más molestan que ayudan los sucesos que en general lo patentizan. Viento oscuro y silencioso que sentimos cuando estamos sumergidos en la inmovilidad, cuando todo se acalla fuera y dentro de nosotros, cuando la vida se convierte en un sereno despliegue de si misma, sin expectativas ni nostalgias que la exoneren del ahora, absorta en su propio fluir sin accidentes.

El tiempo, entonces, deja oír su cauto y esencial murmullo, se convierte en una tenue vibración, en un abejeo rumoroso, como si la sustancia misma de la vida, despojada de las máscaras sucesivas de la contingencia, nos descubriera al fin la desnuda certeza de su más íntima pasión.

Quizás no sea, sin embargo, esa levísima conciencia, sino la manifestación de solicitudes apenas perceptibles, así como el rayo luminoso, invisible en si, se vuelve manifiesto en los átomos de polvo que lo habitan. Quizá no sea ése todavía el tiempo, sino su roce contra minúsculas resistencias con las que debe la vida preocuparse todavía, materia inasimilable que llega a darle un pretexto a nuestra conciencia sin objeto. Pero tal vez no sea posible aventurarse más allá, tal vez sea en esa corriente que apenas si rizan tan inconcretables ocasiones, donde debemos finalmente detenernos, último umbral en las cercanías del misterio, límite donde el Ser, en si mismo imperturbable, accede a conmoverse ante la variable incidencia del fenómeno. El Ser y

la Existencia, en efecto, componen allí su diálogo inverificable. Palpamos allí el reinado incuestionable del silencio. Y todo sufre desde entonces una radical renovación. Porque ese silencio, de ahí en adelante, se convierte en el trasfondo constante de nuestra vida, Nunca, ya, en efecto, podremos olvidarlo. Y frente al mundo, sentimos desde entonces una hondísima clemencia para el ruido y el furor que, lejos de aquella paz fundamental, perturban nuestras horas y nos inician en el desfallecimiento de la muerte.

